



Michel Foucault  
*Histoire de la sexualité 1: La volonté de savoir*  
 París  
 Gallimard  
 1976

PALABRAS CLAVE: FOUCAULT – DISCURSO – SEXUALIDAD – EPISTEME  
 KEYWORDS: FOUCAULT – DISCOURSE – SEXUALITY – EPISTEME

## Michel Foucault

José Amícola<sup>1</sup>

En los años 90 tuve la suerte de conocer las Universidades de Berkeley y Stanford en California. En mi paseo por el *campus* de Stanford me llevé una gran sorpresa, pues allí me di cuenta de que en el predio universitario se podían comprar textos en inglés en una librería gigantesca, adonde uno entraba con un canasto como en un supermercado para elegirse de las estanterías lo que se quisiera. En esa cueva de Alí Babá el sector de estanterías dedicado a *Literary Criticism/Cultural Studies* tenía unos diez metros de largo y, a decir verdad, fue para mí en ese momento como el descubrimiento de un tesoro. Muy colmada aparecía la letra “B”, pues los

<sup>1</sup> José Amícola se doctoró en Alemania en 1982 con una tesis sobre la obra de Roberto Arlt. De esa época data su interés por Manuel Puig a quien conoció en 1981. Publicó *Manuel Puig y la tela que atrapa al lector* (1981), *De la forma a la información* (1997), *La batalla de los géneros* (2003), *Autobiografía como autofiguración* (2007), *Estéticas bastardas* (2012), *El poder-femme. Virginia Woolf, Simone de Beauvoir y Victoria Ocampo* (2019), *Un brillo concheperla. Teoría queer y literatura latinoamericana* (2020). Entre 1986 y 2012 fue Profesor Titular de la Universidad Nacional de La Plata, en el año 2013 ha sido nombrado Profesor Consulto.

estudios sobre Bajtín, Barthes, Benjamin y Bourdieu eran las *vedettes* del público comprador. Sin embargo, la letra “F” también descollaba, pues allí se enseñoreaba con un halo único el nombre de Michel Foucault, que los norteamericanos ya habían consagrado entre uno de los críticos culturales más importantes del momento. Siguiendo la lógica de ese espectro alfabético, era para mí evidente que yo mismo había dedicado muchas de mis energías en elucidar el legado de aquellos autores de los estantes de la “B”. Sin embargo, si se comparaba con lo que había ofrecido la figura de Foucault al estudio de la cultura, esos otros bastiones de la crítica cultural aparecían quizás opacados. No se puede negar, con todo, que Bajtín había revolucionado varios campos a la vez desde la antropología a la literatura, que Barthes había también oxigenado la tarea de la crítica literaria, que Benjamin había venido a poner una cuña novedosa en la filosofía más progresista de la izquierda, y que Bourdieu había creado una nueva línea para abordar la sociología. A pesar de todos estos logros, ninguno de ellos había avanzado tanto como sucedía con la figura de Foucault.

Me interesa, entonces, recordar aquí que mi acercamiento a este pensador fue paulatino, de modo tal que todavía recuerdo mi sorpresa de novato, cuando llegando a la estación de trenes de Poitiers en Francia algunos años antes, había pasado de modo inadvertido por una calle cercana donde había una placa que indicaba que allí había nacido Michel Foucault. De más está decir que en ese momento su nombre no me decía tanto, pero poco a poco, con todo, fui gestando mi propia colección de textos del Maestro, acrecida también con los tomos dedicados a los cursos dictados por él en el Collège de France y aparecidos después de su muerte.

Es lícito preguntarse, entonces, por qué la influencia de Foucault ha sido tan relevante en tantos campos. En primer lugar, hay que enfatizar aquí un hecho muy conocido: Foucault nos enseñó a abordar los temas de la historia cultural desde un ángulo diferente. Así, acercarse a la historia de la locura o de las prisiones fue una genial técnica del *carambolage* que le permitió a este autor dirimir cuestiones múltiples desde los márgenes de todo el espectro sociocultural. Es cierto que el propio Bajtín no se había quedado corto, al internarse en el estudio del género novela empezando por la visión etnográfica de la “carnavalización”. En ese neologismo bajtiniano había mucho de la amplitud de miras a las que nos habría de acostumbrar Foucault en sus futuras investigaciones. El pensador francés, empero, iría un paso más adelante, porque habría de alzarse sobre un territorio que nadie antes había hollado de la misma manera, cuando realizaba la inusual relación entre la política y la sexualidad; temas que habían quedado, en gran parte, en el tintero dentro de la agenda de los pensadores de la letra “B”.

Según mi opinión, entonces, Foucault vino a enseñar cómo encarar de un modo diametralmente diferente los estudios culturales; y de allí se sigue que ningún otro investigador causó tal ruptura con las metodologías anteriores como la que él llevó a cabo. La vuelta de página que produjeron sus ideas se dio gracias a su capacidad de entrar en los temas desde el sesgo para llegar al centro de cada problema. Nadie puede ignorar, por lo tanto, su contribución al pensamiento de nuestra época a partir de su tratamiento de los dispositivos que la Modernidad armó para controlar –mediante un sistema sabiamente organizado de vigilancia– la sexualidad o la locura, la anormalidad o la criminalidad, para poner en un cordón sanitario a todo individuo que escapara de la norma social.

Para referirme solo a algunos puntos relevantes de su obra, digamos que en su primera gran publicación de 1961 Foucault hablaba de la Razón Iluminista a partir de la historia de la locura. Luego, en 1970 en su discurso de recepción en el elitista y prestigioso Collège de France, titulado *El orden del discurso*, Foucault introduciría la idea de una *episteme*, entendiendo bajo este concepto aquello que caracterizaría a cada época a nivel de plataforma argumentativa. Más adelante, en 1975, el peldaño insoslayable en su evolución fue el libro titulado *Vigilar y castigar*, donde este pensador expondría su omnipresente concepto de poder, pero ahora considerándolo –contra las enseñanzas del marxismo– como una fuerza fragmentada que se divide en multitud de micro-poderes que aparecen en todos los estratos de la vida social.

Es momento de destacar aquí que Michel Foucault (1926–1984) surgió como una nueva manifestación en el panorama intelectual parisiense en un momento clave de la cristalización de ese campo cultural. En efecto, en los años sesenta mientras Jean-Paul Sartre seguía siendo el patrón indiscutido de un modo de pensar europeo, ya se veía aparecer en el horizonte, sin embargo, una pléyade de figuras que se perfilaban como dignos sucesores del gran maestro. En esa década de los años sesenta, entonces, el pensamiento estructuralista en crítica literaria, por ejemplo, había venido dando lo mejor de sí, como para atraer la consideración internacional, pero, al mismo tiempo, desde dentro de ese movimiento se habían empezado a dar las críticas a la propia falta de dinamismo del esquema estructuralista. Poco a poco, parecía oportuno dar una vuelta de página a los métodos tanto del estructuralismo, como del marxismo más ortodoxo. En ese sentido, no es extraño que empezaran a ganar mayor reputación los pensadores franceses –dentro del oportuno caldo de cultivo que el clima cultural de París favorecía– cuyos principios venían a poner en entredicho algunas de las cláusulas que habían sido de rigor poco tiempo antes. Entre estos nuevos candidatos a un cetro inobjetable estaba Michel Foucault gracias a la oxigenación de su pensamiento con la frecuentación de escritores que hasta hacía poco el marxismo

preponderante entre el progresismo parisiense había vetado, como Friedrich Nietzsche. Del pensador alemán, Foucault va a tomar especialmente una vía de desconfianza hacia muchos de los patrones instituidos por el marxismo. Así, sin abandonar completamente la plataforma de izquierda, Foucault se va a permitir algunas libertades que el sartrismo consideraba vedadas, como, por ejemplo, cierto escepticismo frente a la idea de un progreso humano indetenible. Nos hallamos con Foucault, entonces, ante una filosofía nihilista de resistencia frente al poder, que pone el acento en los principios de negatividad, enfatizando la propia pululación de las pequeñas formas de poder; que en algunos casos hasta podríamos desarmar. Foucault va a poner en entredicho, como se dijo, las categorías de locura, de criminalidad, de anormalidad, que están transidas por un cierto anarquismo juvenil que se conjuga con la lectura del Nietzsche de las estentóreas fórmulas de “Wille zur Macht” (Voluntad de Poder) y de “Jenseits Gut und Böse” (Más allá del bien y del mal). Por eso también su tendencia para llegar hacia los límites impuestos por la sociedad, un camino trazado con fuerza por el Marqués de Sade, que junto con Nietzsche introducen una lectura de lo perverso aprovechado para la teoría de Freud, como sendero paralelo al universo que ideó Marx. Poniendo sobre el tapete la discusión de la naturalización de los prejuicios, Foucault avizora, al mismo tiempo, la tarea de ampliar la capacidad de la libertad humana, que tiene como eje su visión especial de en qué medida el cuerpo estaría paradójicamente encerrado en la cárcel del alma, y no viceversa. Por ello emprenderá con ahínco no la consabida “historia de las mentalidades”, sino una “historia de los cuerpos”.

A diferencia de otros pensadores –con excepción quizás de Freud y Lacan–, la influencia de Foucault sobre diversas disciplinas ha sido enorme a causa de las dudas que ha sabido poner sobre el tapete. Y eso tendría que ver especialmente por su postura escéptica con respecto a los logros del Iluminismo. Fue el siglo XVIII justamente el momento de mayor discriminación contra todo lo que no fuera comprensible dentro del territorio de la Razón.

Ahora bien, si Simone de Beauvoir había pasado a ser con su persona y su obra un modelo de mujer liberada de las ataduras sociales para la intelectualidad progresista de los años 60 en Francia y en todo el mundo, la figura de Michel Foucault se transformaría también en el emblema de un individuo que era capaz de rechazar los límites que el poder sobre la sexualidad imponía a los varones a partir de la década siguiente, inclusive por sobre el flagelo del SIDA. Y en el caso argentino, un ejemplo flagrante de esa búsqueda de sobrepasar toda frontera fue la personalidad del poeta Néstor Perlongher (1949–1992), que parece calcada sobre los principios de Foucault.

Y en este esquema de intereses quiero pasar ahora a referirme en concreto al pequeño texto *foucauldien* (como se dice en francés el adjetivo que sale del nombre

de este autor) que en mi lectura se erige como una frontera epistémica: la *Historia de la sexualidad, tomo 1: La voluntad de saber* (1976), al dar a su autor –por sobre todas sus otras obras– la facultad de erguirse como personalidad-faro para las sexualidades periféricas. Este libro –cuyo primer título tentativo habría sido *Sexo y verdad*– debe ser entendido como una introducción a la temática que se desarrollará en los tomos siguientes. En él, en efecto, se lanza a la discusión de modo coherente el estudio de las paradojas de nuestra época en cuanto al tema; en primer lugar en cuanto al papel que juega la sexualidad en el mundo del presente, un papel ambiguo según Foucault, porque lo que el autor se dispone probar no es que la sexualidad haya sufrido una mayor represión desde el 1600 en adelante –algo que aparece también como verificable–, sino que desde esa misma época los individuos modernos no hayamos hecho más que machacar sobre el hecho de que venía existiendo una represión sexual. Foucault procede así de modo tangencial al convalidar los discursos con las realidades a partir de los mecanismos de poder que hicieron posible esa situación. Aquí es importante señalar que Foucault no utiliza la palabra “represión” de manera clara, pues cuando habla de lo que realmente sucede en el interior del individuo, la está utilizando en el sentido freudiano de “Verdrängung”, es decir, en plano psicoanalítico como aquello que reprimimos hacia la conciencia profunda. Por ello, es pertinente que Foucault exprese –en sus momentos de mayor claridad– la idea de “represión” a nivel socio-político con los conceptos de “censura” o “interdicción”, como modo de referirse a la intervención hacia la sexualidad por parte del poder. Sin embargo, esta terminología no siempre aparece tan clara en su obra. En rigor, gracias al estudio de Foucault, comprenderemos, en definitiva, que en toda la historia más reciente el poder no ha querido combatir la sexualidad, sino controlarla. Si hubo, en efecto, censura organizada contra la sexualidad desde el poder, al menos desde la Modernidad en adelante, hubo también una maquinaria orquestada desde todos los niveles de poder con deseo de control, lo que Foucault va a vincular, paradójicamente, con una ansiosa voluntad de saber más y más, a la par que obraba la censura. Así en esta obra crucial va a aparecer por primera vez el concepto nuevo de la “biopolítica”, como una categoría que servirá para definir la manera en que los Estados intervendrían en la sexualidad humana para hacerla servir a sus fines.

Si existe, por cierto, una primera hipótesis consistente en que se ha dado una “represión” a lo largo de estos últimos siglos con respecto a la sexualidad, la contra-hipótesis que va a erigir Foucault es de una gran sutileza, porque va a sostener que lejos de reprimirse la sexualidad estuvo en boca de todo el mundo y el cometido ahora del investigador es analizar los discursos al respecto y la fuerza de esos propios discursos como una amalgama entre saber, poder y placer. A este análisis novedoso Foucault lo denominará una “arqueología de los discursos”. En

el fondo, Foucault está haciendo sonar la hora de un nuevo giro epistemológico, cuando está acusando al victorianismo no solo por su doble moral, sino también a la época actual por el modo en que aquellos principios siguen vigentes. Su mayor contribución será, entonces, a partir de este estudio introductorio, revelar la inmensa capacidad de una puesta en discurso sobre la sexualidad que contradice la propia idea de su exhortación al silencio. Y aquí nos encontramos con el efecto que Freud llamó “Verneinung” y que se puede traducir como “denegación”, que es aquello que sucede cuando no se hace más que negar reiteradamente algo, mostrando en la obsesiva reiteración la más frondosa auscultación del tema. En realidad, esta explosión discursiva sobre la sexualidad nacida a partir de lo que en Francia se denomina “la Edad Clásica” es la paradoja más llamativa que va a poner a Foucault en guardia con respecto a la más general hipótesis represiva. En verdad, Foucault se interna en este estudio en varios tópicos que van a ser característicos de su pluma. Por una parte, la multiplicidad de niveles en que se ejerce el poder; y, por otro, la novedosa manera de aparejar el concepto de “discurso” como un continuo, que puede ser fragmentario, y caracterizaría todo lo que se viene diciendo sobre un tema determinado. Así “el discurso de la sexualidad” puede servir para detectar tanto lo que aparece en las directivas religiosas de las “pastorales cristianas”, como cualquier otro tipo de texto sobre el tema tanto a nivel de divulgación como de calidad científica; pero también esta serie discursiva contendrá manifestaciones sociales de los tipos más diversos.

Es interesante traer aquí a relación también otras escenas de la literatura argentina que parecen abreviar en esta línea de la obra de Foucault, como cuando el pensador francés sostiene que “la sexualidad es una parte de noche que cada uno lleva dentro de sí”, como si le estuviera dando letra a Mariana Enríquez, quien parece haberse puesto a responder muchas décadas después justamente esa cuestión en una novela gótica memorable del 2019 bajo el título de *Nuestra parte de noche*.

Es evidente, por otro lado, que la primera referencia en cuanto a la teoría generalizada de que ha existido y existe una “Verdrängung” de nuestra sexualidad es un fenómeno que salió a la luz gracias al diván freudiano, pues ha sido sobre esa “comodidad de la conversación”, una conversación pronunciada a puertas cerradas, el sitio donde por antonomasia se reveló a ojos vistas el malestar en la cultura. El segundo dispositivo de control y censura es de data anterior y cae sobre la confesión cristiana (un tema al que Foucault le dará importancia en los tomos siguientes de su historia); ya que en grado mayor casi que el diván, el confesionario fue llamado a servir de lugar de registro de apetencias sexuales que había que mantener oculta a como diera lugar. Así confesionario y diván aparecerán graciosamente en el mismo plano, como mobiliario necesario a los tiempos modernos, mucho más sofisticados que la cinta transbordadora de la cadena fabril

de Chaplin –tópico elemental de la Época Contemporánea–, porque ambos eran dispositivos sociales para incitar a decir.

Para cerrar esta semblanza sobre un texto que considero capital en la cultura occidental del siglo XX, permítase recordar que en la literatura argentina apareció también en el fundamental año de 1976 la novela de Manuel Puig (1932–1990) *El beso de la mujer araña* que por una extraña coincidencia de *episteme* viene a indagar qué sucede en el territorio de la sexualidad desde una perspectiva que pretende también ser una vuelta de página a todo lo que se había venido afirmando antes. En este sentido, no sería ocioso decir que desde esa partición de aguas de los años setenta, Foucault se ha tornado el adalid de una nueva manera de pensar de la que ya no podremos escabullirnos. Manuel Puig, Néstor Perlongher y Mariana Enríquez han surgido en la literatura argentina, por lo menos, para venir a darle forma estética a esa nueva capacidad de pensar los hechos humanos.